

Un Congreso que degeneró en turismo

Carmelo Vilda

Ausencia, excusa y silencio. Tres actitudes de "los Grandes" para sancionar un hecho evidente: los Congresos de Escritores han muerto. Por anemia creativa, por frivolidad chapucera y oportunismo narcisista. Las "presencias" segundas pronunciaron, en vano, muchas palabras para llenar los huecos dejados. Palabras pequeñas que en ningún momento consiguieron revestir ideas grandes.

Hablaron a través de foros por televisión, recitales en el Ateneo, entrevistas periodísticas y discursos académicos. Y, como para justificar sus conciencias, votaron un documento contra la opresión imperialista, las dictaduras que amordazan la palabra libre y las estructuras que marginan al "Tercer Mundo". Pero todo esto lo dijeron y firmaron hospedados en el Hotel del Club Puerto Azul, erguido con exuberancia tropical en las encías que bañan las olas del Mar Caribe.

Por eso su actitud nos pareció, a muchos, hipócrita. Y nos explicamos por qué no vinieron Vargas Llosa, García Márquez, Borges, Cortázar, Asturias, Carpentier, Cardenal, Fuentes, Sábato, Onetti, Guimarães Rosa, Benedetti, Roa Bastos, es decir, los mejores, los que no necesitan publicidad, ni protocolos, ni formalismos para que escuchemos su voz.

Incluso el descomunal Pablo Neruda, a su pesar uno de los pocos "grandes" presentes, como Lope de Vega, "burla burlando", sugirió la celebración de "un Congreso para acabar de una vez con los Congresos de Escritores".

Es claro que no basta vociferar los males de nuestra civilización alienante y servirse luego hedonísticamente de ella. Quien defiende una ideología denunciadora no debe, luego, adoptar actitudes sibaríticas. Por lo menos públicamente, y menos en un Congreso, si no quieren que les llamemos falsos profetas. Es el martirio incruento que exige la profesión de escritor, vocación para el sacrificio, para la austeridad, para la denuncia y el heroísmo solitario.

Nunca, en la historia de la Literatura, fueron el dinero y la vida muelle compañeros de la fama literaria. Que se lo pregunten, si no, a Dante, a Cervantes, a nuestro Cecilio Acosta o a Kafka.

TEMARIO DE TRABAJO

Seis fueron los temas considerados y debatidos en el Congreso:

- 1.— Problemas profesionales del escritor frente a su realidad social.
- 2.— Los derechos de autor en Latinoamérica.
- 3.— El escritor y la educación.
- 4.— El escritor y su responsabilidad ante los medios actuales de difusión cultural (cine, radio, televisión, tiras cómicas).
- 5.— La literatura latinoamericana actual en el mundo.
- 6.— Recomendaciones para el mejor conocimiento y difusión continental y mundial de la cultura latinoamericana (traducciones, conferencias, intercambio de profesores).

Hubo además 22 ponencias que enriquecieron o aclararon los temas analizados. Anoto los principales, extractados del Papel Literario del periódico "El Nacional", 19 de julio de 1970.

• COLONIZACION Y DESCOLONIZACION DE LA CULTURA LATINOAMERICANA. Leopoldo Zea habla de la preocupación latinoamericana centrada en el problema de la originalidad, como expresión de una conciencia que se rebela contra la subordinación de una cultura o literatura que no considera propia.

• EL OFICIO DE ESCRITOR, por Rosario Castellanos. Insiste en la posibilidad que tiene el escritor de crear una conciencia en el público respecto a su realidad social subdesarrollada, como paso previo a una revolución.

• EN TORNO A LA NOVELA DE LA REVOLUCION CUBANA, por Seymour Menton. Analiza los títulos y los autores que han originado una nueva conciencia nacional revolucionaria.

• EL ESCRITOR Y SU GREMIO, por Anderson Imbert. Habla de lo que hasta ahora ha sido un profesionalismo ingenuo del escritor latinoamericano que se contrapone a la autenticidad del acto literario o creador respaldado e inspirado por la relación directa escritor-lector, muy lejos del estorbo o atractivo publicitario (boom, best seller, mafia crítica...).

• **PROBLEMAS DEL ESCRITOR FRENTE A SU REALIDAD SOCIAL**, por Mercedes Durand. Analiza las particularidades alienantes que mellan la potencialidad creadora del artista y constituyen el punto principal en que se debate su supervivencia en la mayoría de nuestros países.

• **EL ESCRITOR, AUTOR DEL DRAMA HUMANO**, por Benjamín Carrión. Anota las guerras, tiranías y experiencias agresivas que han limitado o restringido la creación o difusión de las ideas, libros y escritores.

• **EL ESCRITOR Y SU RESPONSABILIDAD ANTE LOS MEDIOS ACTUALES DE DIFUSION CULTURAL**, por Juan Liscano. El medio social es el determinante de la comunicación con el escritor. Los vehículos de difusión (cine, radio, televisión, prensa) no sólo modifican de manera profunda y no siempre favorable la situación social del escritor, sino que le alejan de una actitud creativa, fundamentalmente ontológica y preferentemente sincera.

Los temas y las ponencias quizá suenan a investigación y eficacia. Las impresiones posteriores, sin embargo, no lo confirman. Benjamín Carrión opinaba: "No creo que los Congresos de Escritores rindan un efecto positivo." Y Pierre Charles, de Haití, crudamente, expresó: "Me siento defraudado por la falta de pronunciamientos categóricos e intercambios de opiniones que valieran la pena... En lugar de sentirme en un Congreso de Escritores me pareció estar veraneando; muchas chicas, parejas jugando dominó, otros nadando..."

¿Y LOS VENEZOLANOS?

Sorpresa. Los demás participantes lo advirtieron enseguida. ¿Dónde están los jóvenes escritores de Venezuela?, preguntaron. ¿Por qué no han bajado a exponernos su parecer?

Tal vez porque el Congreso les pareció, como a ANIBAL NAZOA, "una convención de funcionarios" o "un Congreso organizado al estilo de cursos de Alta Gerencia, mediante matrícula". JOSE BALZA indicó extramuros: "en toda Latinoamérica únicamente Borges, Cortázar y Onetti hacen realmente literatura válida (es decir, propia); lo demás es collage, imitación, torpeza mental o exaltación política... La TV y el mal cine influyen más en los pueblos que los mejores escritores." Y su compañero de generación, ADRIANO GONZALEZ LEON, coincidía con él: "estamos sumidos en un engaño libresco y parlanchín".

En contraste con estas posturas, los "mayores" presentes, muchos de ellos organizadores del Congreso, hablaron. Y se mostraron más optimistas. MIGUEL OTERO SILVA, quizá demasiado. ¿Sería por la aparición durante esos días de su última novela titulada "Cuando quiero llorar no lloro"? La edición se agotó en 25 días. Caso inédito. Para él, "el escritor latinoamericano, por su sinceridad, está en el primer plano de la literatura universal". JUAN LISCANO lamentaba: "El público, hoy, quiere sexo, violencia, disconformidad, y ningún escritor quiere ser anacrónico. De ahí la aparición de obras confeccionadas para el consumo. De la creación se pasa a la fabricación con fines de productividad. Y se pierde autenticidad, sinceridad."

DIAZ SEIJAS apuntaba un balance positivo del Congreso "porque es la consecuencia de un plan que, aunque cumplido a medias, está en marcha". Pero se quejaba luego de que "la sociedad moderna, la llama

mada sociedad opulenta, con sus grandes progresos en todos los órdenes de la vida, parece haber marginado al escritor".

Por fin, el presidente del Congreso, JOSE RAMON MEDINA, piensa que el escritor latinoamericano "excluye la calificación de oportunista y se acerca más al sentido de autenticidad".

La brecha entre las nuevas y maduras generaciones de escritores venezolanos es evidente. Pero queda aún la duda: ¿superarán los jóvenes la obra de los viejos? ¿Se quedarán en la actitud simplista de puro rechazo y crítica destructiva?

EL ESCRITOR: ¿UN ESCRIBANO O UN PENSADOR?

Ciento ochenta delegados fueron invitados al Congreso. ¿Todos escritores? Ojalá tuviéramos 180 intelectuales. Suplimos la ausencia de calidad con tropeles de cantidad. Pero nunca muchas chapuzas compondrán una obra de arte y de reflexión, ni lo superficial, estirado, se orientará alguna vez en dimensión de profundidad.

Todo esto me hace pensar que confundimos al escritor (pensador) con el escribano. El escritor es censor y vigía. Asceta y augur, sembrador de esperanzas y actitudes éticas que restañen el divorcio entre la razón y la praxis, la política y la cultura. Pero nunca gregario; nunca académico.

Por eso me duele que los escritores se reúnan en Congresos. No vale la pena. Los Congresos son protocolarios, trombas de palabras huecas. Mediocres fórmulas con tinta de colores que no arrojan ideas.

Es muy serio ser hoy escritor. Porque no basta llenar diariamente una columna periodística ni haber publicado unas poemas elitescos. Escribir es pensar. Es decir, huir de lo fácil, de lo inmediato, de lo instalado. Escribir es también cambiar. Y todo cambio impone un sacrificio, la osadía individual de abrir un nuevo camino humano a los hombres que esperan nuestra palabra reflexiva.

Escribir es, finalmente, sufrir con los demás. Porque sólo el dolor compartido es preuncio de un agiornamento, de una gestación que provocará estructuras sociales mejores y más justas.

Pero a nadie nos gusta pensar, cambiar ni sufrir. Por eso son hoy pocos los escritores, aunque, ¡qué cinismo!, nos hayan entregado una lista con 180 nombres y 360 apellidos.

CONGRESOS PROTOCOLARIOS ¿PARA QUE?

He redactado esta crónica con tristeza y descontento porque me duele la modorra de quienes pienso deben ser inquietos buscadores y testigos de una vida a contrapelo de esta sociedad que nos impide regenerarnos. Prefiero que no haya Congresos de Escritores a que parezcan asambleas de "Leones" o "Rotarios". Admiro a los escritores; por eso lamento sus desvíos y conformismos institucionales.

Los grandes escritores han sido siempre grandes solitarios. El escritor, como el héroe-mártir, es un marginado o incomprendido. Por eso pienso que el III Congreso Latinoamericano de Escritores ha sido anodino e innecesario. Quizá también por haberse celebrado a puerta cerrada, de espaldas al público-lector y en el Club Puerto Azul. Y en Venezuela sabemos muy bien lo que esto significa.

Es una lástima. Y una equivocación.